

FRANÇOIS-RENÉ
DE CHATEAUBRIAND



MEMORIAS
DE ULTRATUMBA

TOMO II

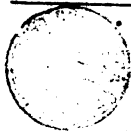
MEMORIAS
DE ULTRA-TUMBA.

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

TOMO II.



MADRID, 1849.

MELLADO, DENTOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 3.

LONDRES, de abril á setiembre de 1822.

**Mis ocupaciones en provincia.—Muerte de mi hermano.—
Desgracias de mi familia.—Dos Francias.—Cartas de Hingant.**

Con las escursiones que empecé á hacer á caballo, recobré algunas fuerzas y se restableció un poco mi salud. La Inglaterra, vista con detencion, era triste, pero me hechizaba: en todas partes se me ofrecian los mismos objetos y los mismos paisages. El estudio endulzó principalmente mis pesares: bien hacia Ciceron en recomendar el comerciô de las letras en las aflicciones de la vida. Las mugeres estaban contentísimas con haber encontrado un francés á quien hablar en su lengua.

Las desventuras de mi familia, que supe por los periódicos, me obligaron á descubrir mi verdadero nombre (pues me fué imposible ocultar mi dolor), y aumentaron el interés de aquella gente en favor mio. Los papeles públicos anunciaron la muerte de Mr. de Malesherbes, la de su hija la señora presidenta Rosambo, la de su nieta la señora condesa de Chateaubriand, y la del conde de Chateaubriand, esposo de esta y hermano mio, inmolados juntos el mismo dia, á la misma hora y en el mismo cadalso; Mr. de Malesherbes era un objeto de veneracion para los ingleses, y mi alianza con el defensor de Luis XVI hizo

subir de punto la benevolencia con que me trataban mis huéspedes.

Por mi tío Mr. de Bedée supe las persecuciones que sufrían mis demás parientes. Mi anciana é incomparable madre se había visto precisada á subir á una carreta con otras víctimas, y á pasar desde el fondo de Bretaña á los calabozos de París, para compartir la suerte de aquel hijo á quien tanto había amado. Mi esposa y mi hermana Lucila aguardaban su sentencia en los calabozos de Rennes, desde los cuales se pensó trasladarlas al castillo de Combourg, convertido en fortaleza del estado, culpándose á su inocencia por el crimen de mi emigración. ¡Qué valían nuestras allicciones en tierra estraña comparadas con las de los franceses que residían en su patria! Y sin embargo, ¡qué desgracia no era saber, en medio de los padecimientos del destierro, que aquel destierro mismo servía de pretesto para perseguir á nuestros allegados!

La sortija que recibió én arras mi cuñada cuando se casó la encontraron hace dos años en medio del arroyo de la calle Cassette. Estaba rota cuando me la llevaron, y sus dos arillos pendían abiertos y enlazados uno con otro; pero aun se leían perfectamente los nombres en ellos grabados. ¿Cómo pareció esta sortija? ¿En qué sitio y época se perdió? ¿Pasar la víctima, que estaba presa en Luxemburgo, por la calle Cassette al marchar al suplicio? ¿Dejó caer el anillo desde la carreta, ó se lo quitaron del dedo despues de la ejecución? El aspecto de aquel simbolo, que por su quebradura y su inscripcion evocaba en mi mente tan crueles recuerdos, me enterneció en extremo. Parecía que mi cuñada me lo enviaba misteriosa y fatídicamente desde la morada de los muertos, en memoria suya y de su hermana. ¡Ojalá que no sea fatal para su hijo á quien se lo he enviado!

*Cher orphelin, image de ta mère,
 au ciel pour toi je demande ici-bas
 les jours heureux retranchés á ton père
 et les enfans que ton oncle n'a pas (1).*

Esta mala cuarteta forma con otras dos ó tres el único regalo de bodas que pudo hacer á mi sobrino en la época de su enlace.

Otro monumento me queda también de aquellas desgracias. Véase lo que me ha escrito Mr. de Contencin, quien encontró en los archivos de París la orden expedida por el tribunal revolucionario para que mi hermano y su familia fuesen al cadalso.

«Señor vizconde:

«Es una especie de crueldad el resucitar en un alma que ha padecido mucho, el recuerdo de las desgracias que mas dolorosamente la afectaron. Esta idea me ha hecho vacilar algun tiempo antes de ofrecer un documento harto triste, que durante mis indagaciones históricas he encontrado: Es una fé de difunto, firmada antes de la muerte, por un hombre que se mostró tan implacable como ella, siempre que encontraba reunidos en una sola cabeza el mérito y la virtud.

«Desearé, señor vizconde, no causaros un esceseivo disgusto, al añadir á los archivos de vuestra familia un título que despierta tan crueles memorias. Suponiendo que tendria interés para vos, puesto que para mí tenia subido precio, me he resuelto por fin á enviároslo. Si no he obrado indiscretamente, me daré un doble parabien, puesto que hoy me ofrece este paso la ocasion de espresaros los sentimientos de pro-

(1) «Huérfano amado, de tu madre imágen; pójala te guarde el cielo la dulce vida que á tu padre negó, y la tierna prole que me niega á mí!»

fundo respeto y de admiración sincera que hace mucho tiempo me habeis inspirado, y con los cuales soy señor vizconde.

«Vuestro humilde y obediente servidor.

«A. DE CONTENCIN.

«Palacio de la Prefectura del Sena.

«Paris 23 de marzo de 1835.» •

Hé aquí mi contestacion á esta carta:

«Muy señor mio: A petición mia se habian ya buscado en la Santa Capilla las piezas del proceso de mi infeliz hermano y de su esposa; pero no estaba entre ellas *la orden* que vos habeis tenido la bondad de enviarme. Ella y otras muchas habrán sido ya presentadas con sus borrones y sus nombres estropeados ante el tribunal de Dios, donde le habrá sido forzoso á Fouquier reconocer su firma. ¡Esos son los tiempos que hoy se echan de menos, y sobre los cuales se escriben tomos enteros de admiración! Por lo demás la suerte de mi hermano me causa envidia, que al fin ya salió hace largos años de este triste mundo. Os doy infinitas gracias por la estimación que me manifestais en vuestra noble y hermosa carta, y ruégos que creais en la sinceridad de mi distinguida consideración, con la cual tengo el honor de ser, etc.»

La orden de muerte citada es especialmente notable, porque prueba la ligereza con que entonces se ajusticiaba, hay nombres con la ortografía equivocada, y otros están completamente borrados. Estos vicios de forma, que bastarian para invalidar la sentencia mas insignificante, no detuvieron á los verdugos; solo se fijaban sus pensamientos en la puntualidad de la ejecución; *á las cinco en punto*.

El documento auténtico es este; lo copio letra por letra:

EJECUCION DE SENTENCIAS CRIMINALES.

Tribunal revolucionario.

«El ejecutor de las sentencias criminales acudirá con puntualidad á la casa de justicia de la Consergería para llevar á efecto la que condena á Mousset, d'Esprémenil, Chapelier, Thouret, Hell, Lamoignon, Mallesherbes, la muger de Lepelletier Rosambo, Chateau Briand y su muger (el nombre propio está borrado y no se puede leer) la viuda Duchatet, la muger de Grammont, ex duque, la muger de Rochechuart (Rochechouart) y Parmentier, total 14, á la pena de muerte. La ejecucion tendrá efecto hoy á las cinco en punto en la plaza de la Revolucion de esta capital.

«El acusador público, H. Q. FOUQUIER.

«Dado en el tribunal, á 3 de floreal del año segundo de la república francesa.

«Dos carretas.»

Las ocurrencias del 9 de thermidor salvaron á mi madre, la que quedó, sin embargo, olvidada en la Consergería, en donde la encontró el comisario convencional. «¿Qué haces ahí, ciudadana? le dijo. ¿Quién eres? ¿Por qué no te has ido?» Mi madre contestó que habiendo perdido á su hijo, no pedia noticias de nada, y que le era indiferente morir allí ó en cualquiera otra parte. «Pero acaso tendrás otros hijos», replicó el comisario. Entouces nombró mi madre á mi esposa y mis hermanas presas en Rennes. Dióse orden para ponerlas en libertad, y se obligó á mi madre á salir de su calabozo.

En ninguna historia de la revolucion se ha cui-

dado de poner el cuadro de la Francia exterior junto al de la Francia interior; de pintar aquella gran colonia de desterrados que iban variando de industria y de padecimientos, según variaban los climas y las costumbres de los diversos pueblos á que se acogían.

Fuera de Francia, todo se hacia por individuos: metamorfosis de profesiones, aflicciones oscuras, sacrificios sin ruido y sin recompensa: una idea fija se destacaba sin embargo de esta confusión de individuos de todas clases, de todas edades y de todos sexos; la de la antigua Francia viajando con sus preocupaciones y con sus leales, como en otro tiempo la iglesia de Dios, errante sobre la tierra con sus virtudes y con sus mártires.

Dentro de Francia se consumaba todo por masas; Barrère anunciaba á un tiempo degüellos y conquistas, guerras civiles y guerras extranjeras, y á la par ocurrían los combates gigantescos de la Vendée y los de las orillas del Rhin; se derrocaban los tronos al estruendo de los pasos de nuestro ejército; se hundían nuestras escuadras en los mares; el pueblo desenterraba á los monarcas en San Dionisio, y arrojaba el polvo de los reyes muertos al rostro de los reyes vivos para cegarlos; y la nueva Francia, enaltecida con sus modernas libertades, y orgullosa hasta con sus crímenes, se asentaba en su propio terreno é iba ensanchando sus fronteras, doblemente armada con el hacha del verdugo y la espada del soldado.

En medio de mis pesadumbres de familia llegaron á tranquilizarme acerca de la suerte de Hingant algunas cartas suyas, notables por mas de un concepto. En setiembre de 1795 me escribía lo siguiente: «Vuestra carta de 23 de agosto está llena de tierna sensibilidad. Se la he enseñado á algunas personas y les ha hecho llorar. Tentaciones tenía de decirles lo

que Diderot de J. J. Rousseau cuando fué éste á visitarle en su encierro de Vincennes: ¡*Mirad cómo me quieren mis amigos!* Mi enfermedad no ha sido realmente mas que una de esas calenturas nerviosas que hacen padecer mucho, y que no tienen mejores médicos que el tiempo y la paciencia. Estando en cama me entretenia en leer algunos extractos de Fedon y de Timeo, libros que abren las ganas de morir. Algunas veces decia como Caton.

¡It mus he so, Plato! ¡Thou reason'st vell!

Me forjaba ideas sobre mi viage, como pudiera sobre otro á las Indias Orientales, y pensaba en la multitud de objetos nuevos que debia ver en aquel mundo de los espíritus (segun lo llamaba Swedenborg), y sobre todo, en que el camino estaria exento de fatigas y de peligros.»

• LONDRES, de abril á setiembre de 1822.

Carlota.

A cuatro leguas de Beccles, y en una poblacion pequeña llamada Bungay, vivia el reverendo ministro anglicano, Mr. Ives, gran helenista y matemático. Tenia una esposa jóven todavía, y encantadora por su rostro, su conversacion y sus modales, y una hija única, que á la sazón contaba quince años. Me presentaron en su casa, y fui recibido por aquella familia mejor que por ninguna otra de la poblacion: todavía se conservaban allí las antiguas tradiciones inglesas respecto á beber, y se pasaban dos horas de sobremesa despues de retirarse las mugeres. Mr. Ives, que habia estado en América, gustaba de referir sus

viages, de oír la relacion de los míos y de hablar de Newton y de Homero. Su hija, que por agradarle habia adquirido una vasta erudicion, era ademas excelente profesora de música, y cantaba como hoy canta Mme. Pasta. A la hora de tomar el té volvía á presentarse en el comedor, y deleitaba con sus armonías el sueño del anciano ministro: yo la escuchaba silenciosamente, apoyado en una esquina del piano.

Concluida la música, solia la *yloung lady* interrogarme acerca de Francia y de la literatura, y me pedía planes á que arreglar sus estudios: deseando particularmente conocer los autores italianos, me suplicó le diese algunas notas sobre la *Divina Comedia* y la *Gierusalemme*. Poco á poco fui sintiendo la tímida influencia de un afecto nacido todo del alma; á las floridianas las ayudaba en su tocado; pero estando con miss Ives, no me hubiera atrevido siquiera á levantar del suelo un guante suyo, y hasta me costaba rubor el traducir con ella algun trozo del Tassó; con Dante, genio casto y varonil, me hallaba mas á gusto.

Mi edad y la de Carlota Ives concordaban entre sí. En todas las relaciones que se forman á la mitad de la vida, entra siempre una parte de la melancolía; sino data el conocimiento desde los primeros años, los recuerdos de la persona amada se desprenden de aquellos dias en que se respiró sin conocerla; dias que, perteneciendo á otra sociedad, causan dolor á la memoria y están como segregados de nuestra existencia. Y si á esto se añade alguna desproporcion de edad, entonces crecen los inconvenientes: el mas viejo comenzó á vivir antes que el mas joven viniera al mundo, y éste se halla destinado á existir solo tambien: el uno atravesó una soledad mas acá de una cuna; el otro atravesará otra mas allá de la tumba: lo

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

